

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación mensual de los Servicios Culturales de la Excma. Diputación Provincial de Cáceres

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

SUMARIO

	Páginas	
El proceso de Hispanización de Carlos I	3	<i>Carlos Callejo Serrano,</i>
Nuestros clásicos: Soneto	16	<i>Benito Arias Montano.</i>
El último palacio de la unidad	17	<i>Blas Piñar.</i>
Soneto	28	<i>Hernando de Acuña.</i>
Las exequias en vida del Emperador	29	<i>Domingo Sánchez Loro.</i>
Media naranja (Leyenda del Emperador).	35	<i>José Canal.</i>
Necrológicas; Pío XII	37	
Una carta d l Emperador Carlos V.	38	<i>Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros.</i>
Ideario español	40	<i>Ramón Menéndez Pidal.</i>
Soneto a Carlos V	41	<i>Pedro Romero Mendoza.</i>
En torno a un centenario: El Mundo de María	42	<i>Marcelino González-Haba.</i>
De ayer y de hoy: Al Rey Nuestro Señor y Soneto LVI	45	<i>Hernando de Acuña y Fernando de Herrera.</i>
Carlos V en Mulberg y La Litera de Carlos V	46	<i>Manuel Machado.</i>
La genealogía carolina predisponía al Imperio	47	<i>Narciso Sánchez Morales.</i>
Un centenario glorioso: Carlos V y la Alta Extremadura	51	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
Al Emperador Carlos en el Cancionero Extremeño	58	<i>Fernando Bravo.</i>
Crítica sin hiel	61	<i>«Un Aprendiz de Hablista».</i>
Fiesta literaria en Mérida	64	<i>V. G. M.</i>
Pensamientos	66	<i>La Bruyère, Goethe, Milton, Tasso y Schopenhauer.</i>
Mirador: Crónica	67	<i>Curio O'Xillo.</i>
III Congreso Internacional de Cooperación Intelectual	69	<i>V. G. M.</i>
Concursos literarios	74	
Láminas		

[Nuestros artistas: «Yuste y la Vera», por V. Martínez Terrón. Busto del Emperador, Carlos, por E. Pérez Comendador. Retrato del Emperador Carlos V, por Tiziano. «Visita del infante Juan de Austria al Emperador, en Yuste», por Rosales. Retrato ecuestre del Emperador Carlos V, por Tiziano. Cacería en honor de Carlos V, en el Castillo de Torgau, por Cranach. Retrato de Carlos V, de autor anónimo alemán. Grabado de San Pedro de Alcántara y fotos Javier].



ALCANTARA



D. Legal CC-26-1958

Número correspondiente al año 1958

El Proceso de Hispanización de Carlos I

por CARLOS CALLEJO SERRANO



N este año del centenario carolino es difícil hablar con palabras no ya nuevas, pero ni siquiera poco gastadas de cualquier tema que se relacione con la figura del gran emperador y rey. Sin llegar a esta fecha conmemorativa, Carlos V ha sido uno de los personajes de la Historia que más ha dado que decir, estudiar y comentar a los cronistas y a los historiógrafos.

Por estos motivos, sea el que sea el asunto que se elija para asociarse al homenaje nacional que España dedica al segundo de los Austrias y nuestra revista hace suyo en el presente número, ha de estar forzosamente cuajado de repeticiones y de lugares comunes. Solamente tratando de explayar visiones absolutamente personales puede lograrse una gran probabilidad de ofrecer al lector alguna faceta nueva en tan difundida y difusa materia.

En la vida intensa, combativa y brillante del emperador Carlos se da un fenómeno que tiene particular interés para los comentaristas españoles: la lenta metamorfosis o cambio de nacionalidad que se verifica en el nieto de los Reyes Católicos a lo largo de su existencia. Metamorfosis exclusivamente psíquica, claro está, cambio espiritual y mental que demuestra el poder de captación de la sangre hispánica y la energía de arrastre del alma española en aquella época. Cuando Carlos viene a la península es un perfecto extranjero que ignora todo lo relativo al país sobre que va a reinar, incluso su lengua. En cambio, al fin de su reinado, cuando habiéndose despojado de la púrpura y el oro que fueron agobiante carga de su vida, piensa ya sólo en disponerse al gran negocio de la eterna salvación, ya no es más que un viejo hidalgo español que busca en su terruño patrio la paz sosegada, el puro cielo y el aire serrano propicio a la meditación.

Este proceso no hubiera tenido mucho de particular si el rey nacido y criado en otro país hubiese venido a ceñir únicamente la corona de España y a no moverse de su reino ni comprometerse en aventuras o negocios extranjeros. Tal fué el caso de Felipe V, el cual sin embargo y pese a su buena voluntad, no dejó en su vida de ser un francés. Carlos en cambio, no es únicamente rey de España, es también el

monarca alemán y el emperador de Europa; manda sobre un conglomerado heterogéneo y vasto de pueblos y estados; recorre y pisa infinitas tierras, pero de ellas sólo una termina cautivando su corazón hasta el punto de reservarla para definitiva morada de su cuerpo. El grande hombre no pudo elegir el lugar de su nacimiento. Los designios providenciales se lo dieron, como a todo mortal, ya elegido. En cambio, pudo escoger su sepultura, el punto del orbe en que su carne había de regresar al barro de que fuera hecha y ese lugar de paz eterna por él preferido entre otros muchos fué un rincón del bravo paisaje de Extremadura en España. No en Flandes, no en Italia, no en Austria ni Suiza ni el Tirol. Precisamente en España, la tierra madre que enamoró su alma y captó su vuelo espiritual.

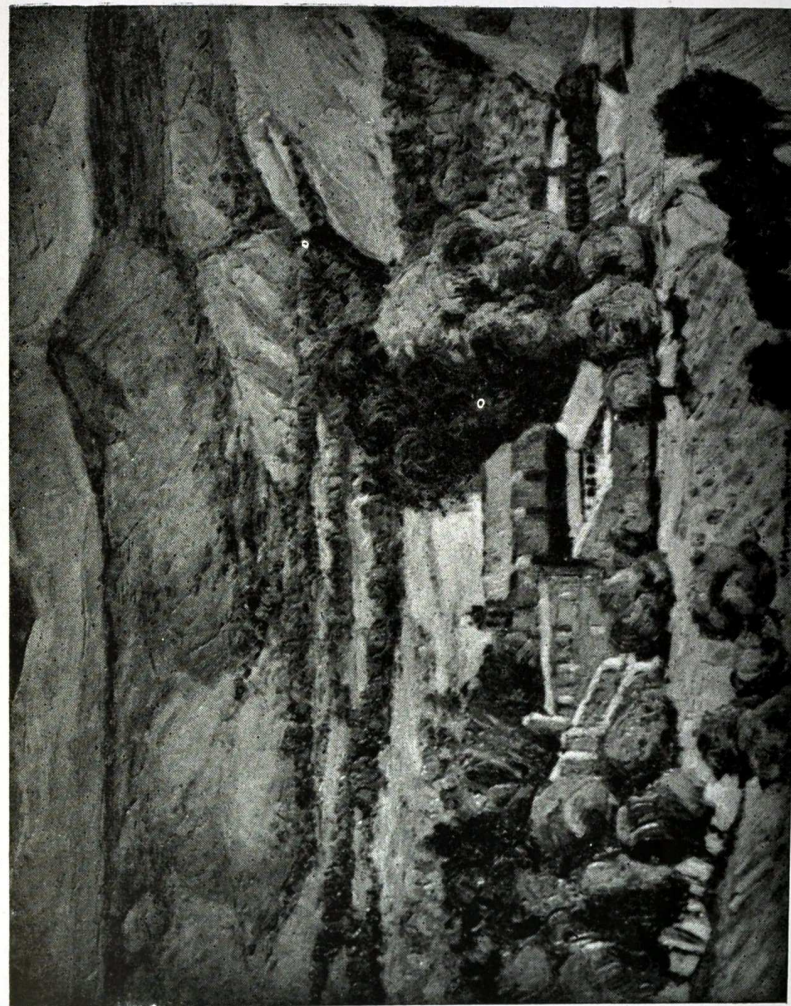
Genéticamente, Carlos de Habsburgo es exactamente español en un cincuenta por ciento. Circunscribiéndonos a las cuatro o cinco generaciones anteriores, pues más allá es un caos la genealogía completa de cualquier hombre, la estirpe materna es enteramente española, íntegramente peninsular, compuesta por elementos originarios de los tres reinos hispánicos: Castilla, Aragón y Portugal. La estirpe paterna por el contrario, es del todo extranjera. Cada uno de sus antepasados le ha legado una cualidad que curiosamente revive en este verdadero héroe predestinado, como en las antiguas epopeyas. Su linaje paterno de línea exclusivamente masculina es imperial y trae vinculado el tesón y la grandeza de los primeros Habsburgo, más parecidos a Carlos que sus inmediatos antecesores Maximiliano y Federico III.

Su segundo bisabuelo le trae en herencia el arrojo y la gallardía de los duques de Borgoña. Carlos el Temerario le ha dado además su nombre. Su biznieto no será ya el Temerario porque aunque su valor no ceda al de su famoso predecesor, estará templado, racionalizado por otras cualidades de más alto nivel.

Los bisabuelos de rama materna son dos reyes Juanes de Castilla y Aragón, ambos segundos en el ordinal y con contradictorios servicios a sus coronas respectivas. Es difícil reconocer del flojo rey castellano cualidad alguna en Carlos de Gante que en todo su reinado jamás sufrió la sombra de un valido; pero acaso, con la parte alícuota de sangre que le corresponda, le haya traspasado su espíritu amplio y el amor a la cultura ya que no la actividad en este ramo que no tendrá tiempo de practicar. Juan II de Aragón, en cambio, el «viejo terrible» del siglo XV hispánico ha puesto en esta reunión de dotes su indomable firmeza, su crecimiento ante el adversario y la visión clara y profunda de la alta política europea, prenda clarificada y acentuada aún más por el crisol de Fernando el Católico.

Por sus antepasados femeninos le llegan a Carlos I también altas cualidades, sobre todo el genio, prudencia y generosidad de su abuela Isabel. Por contra, los padres del César no son en este complejo psíquico sino el camino por el que han fluido hasta él las claras condiciones de los abuelos. Poco o nada heredará de su madre infeliz y perturbada y de su padre, frívolo e inepto.

El muchacho que en 1517 desembarca en Villaviciosa y se dispone a tomar posesión de la pesada corona hispánica, es pues un auténtico extranjero, nacido, criado y educado entre flamencos y borgoñones, todavía metido en las andaderas de sus preceptores y consejeros que le han dado una educación esmerada pero inadecuada. El futuro rey de España y emperador de Alemania no sabe español ni alemán. En cuestión de idiomas conoce únicamente los que se hablan en su tierra: el



NUESTROS ARTISTAS: «Yuste y la Vera», por V. Martínez Terrón

francés y el flamenco. Nadie se ha molestado en enseñarle la historia, el espíritu y el carácter del país que va a gobernar. Sus padres se han preocupado poco o nada de él. Y no puede decirse que Carlos heredara las coronas españolas *per accidens*. Es verdad que nadie podía prever que Juana, la tercera hija de los Reyes Católicos, tuviera algún día que sentarse en el trono peninsular; a saberlo, sus padres, la prudente Isabel y el inteligente Fernando, quizás le buscaran marido menos exótico que el archiduque Felipe. En 1500 cuando nació Carlos, el príncipe heredero Juan había ya muerto, lo mismo que Isabel su hermana mayor que, casada con el rey portugués, había dejado un vástago, Miguel, que heredaba las tres coronas; pero el pequeño Miguel salía de este mundo al tiempo que el hijo de Juana entraba en él. Los designios divinos providenciaban así el futuro cesáreo del niño de Gante.

Los primeros años del reinado del primer Carlos en España no puede decirse que fueran afortunados, gobernado como estaba el rey adolescente por sus consejeros belgas. Asusta pensar lo que hubiera sido este período si el talento y la energía del joven monarca no hubieran despertado pronto y arrojado por la borda la tutela de los Chievres, los Utrecht y los Sauvage.

II

La guerra de las Comunidades ha sido uno de los episodios de nuestra historia más estudiados y diseccionados por los críticos y ensayistas, y por lo general de todos estos estudios se han sacado conclusiones erróneas por la falta de objetividad de quienes se enfrascaban en ellos con un propósito preconcebido: el de hallar en este conato de guerra civil un precedente y una justificación para ideas, sistemas y partidos modernos. Desde los que han querido ver en Padilla, Bravo y Maldonado los antecesores de Dantón, Marx o Lenin, hasta los meticulosos anatómicos de la Historia, que han imaginado complicadas redes de concausas para el movimiento de los Comuneros, todos estos analistas posiblemente han perdido el tiempo. El citado movimiento tiene una definición muy sencilla: fué únicamente la vanguardia del desencanto español, principalmente castellano, ante los primeros actos del rey Carlos. Fué la primicia de un estado de opinión o si se quiere la inicial y más impaciente manifestación activa de un sentir que latía ya en toda España, el cual de haber continuado las causas, habría pasado en todas partes del estado de latencia al de vigencia. Los nobles y las milicias reales que combatían a los comuneros, pensaban exactamente lo mismo que ellos, pero diferían en la forma y en el tiempo de dar cristalización a la protesta. Nada más inexacto y absurdo que buscar en los Comuneros antecedentes de agitación política o social. Como hace notar el Dr. Marañón, el movimiento de las Comunidades, si alguna significación política tuviera, habría que llamarla tradicionalista y ultramontana.

De 1517 a 1520, el reinado de Carlos I parece reducirse a tres cosas: insaciable petición de dinero en las cortes castellanas, aragonesas y catalanas; desconsiderado reparto de cargos y prebendas a los compañeros flamencos del rey y finalmente escandaloso drenaje de la rica moneda española; los magníficos ducados de oro casi puro que deslumbraban a los extranjeros, alegres por haber caído en una pingüe lauja. Las Cortes concedieron el dinero a regañadientes; en cuanto a la almoneda

de nombramientos no hay que decir sino que el arzobispado de Toledo, nada menos que la silla primada de Castilla, se adjudicó a un sobrino del mariscal de Chièvres, que no había cumplido los 20 años, como si se tratase de un curato de aldea. El ducado hispánico tenía una ley de veintidós y tres cuartos de quilate y su peso era de 3'5 gramos, es decir, contenía 3'47 gramos de oro puro; las piezas de igual valor que corrían por Europa pesaban 3'35 gramos con ley de 22 quilates, por lo que no tenían más que 3'08 gramos del noble metal. Estos casi cuatro decigramos de oro de diferencia arrastraban a nuestros ducados a Flandes con la fuerza de un ciclón.

La indignación de los castellanos, nobles, clero y estado llano, corría parejas con su desencanto. El reinado de Carlos, el segundo Austria, comenzaba bajo los mismos auspicios que el de su padre doce años antes. Y lo peor es que ahora no existía ya el viejo rey Fernando de quien echar mano como panacea contra la invasión extranjera y extranjerista. Todo lo que Castilla podía invocar como asidero legitimista era la mente débil y desconcertada de la reina loca. El panorama no era muy alegre, pero para las personas sensatas no parecía aún todo perdido. Las circunstancias no eran completamente iguales a las de 1506. Don Felipe era un hombre hecho y derecho y se sabía ya todo lo que podía dar de sí, que era bien poco. Pero Carlos, el Carlos de 1517, todavía lampiño y con la melena medieval (la moda del pelo corto y barba sobrevino precisamente por estas fechas de 1520), no era más que un adolescente, un muchacho desorientado y receloso ante un pueblo extraño para él, para dirigirse al cual necesitaba a su derecha un intérprete y a su izquierda un consejero que le susurrase lo que iba a decir, como explica gráficamente Mexía. Había que esperar a que el muchacho fuese hombre y ver cuales iban a ser sus reacciones propias. El tiempo, que no fué largo, dió entera razón a los prudentes. A poco de cumplir la veintena, Carlos comenzó a ver por su cuenta las cosas, comenzó a reinar y comenzó a españolizarse. El castigo de los Comuneros fué duro, pero el que ya era emperador comprendió pronto la razón que llevaban los descontentos y se la dió íntegramente. Pasado a Roma el virtuoso, pero poco apto cardenal de Utrecht, ya papa Adriano VI, muerto Sauvage y apartado Chièvres, los consejeros del rey son ahora Mercurino de Gatinara, el inteligente piemontés y el obispo de Badajoz Pedro Ruiz de la Mota.

En cuanto al curita Guillermo de Croy, sobrino de Chièvres — que por cierto cosechó también nuestra diócesis de Coria — con la oportunidad de dejar este mundo evitó no pocas complicaciones a la sede primada, de la que no tomó posesión y su sucesor fué el español Alonso de Fonseca.

Las providencias rectificadoras las tomó Carlos I todavía durante su permanencia en Flandes y Alemania, adonde fué para posesionarse de la corona imperial. Cuando en 1522 regresa a nuestro país es ya un verdadero hombre y un auténtico rey de España; su energía y su talento están en plena actividad y su indudable grandeza de alma ha comenzado a sentir la vibración gloriosa de lo español.

III

Notable desacierto juvenil de Carlos V, aquí de orden puramente artístico, es la profanación del recinto de la Alhambra granadina. Pasadas en Sevilla las primeras

semanas de su luna de miel con Isabel en el año 1526, pareció indicado continuar el feliz período en Granada, clima delicioso para la estación veraniega y donde los reyes nazaríes habían construído un palacio de ensueño: la exquisita Alhambra.

Como sabe todo el que ha visitado Granada, la Alhambra es un palacio en miniatura; exceptuando el salón de Comares o de Embajadores, de estudiada grandiosidad inherente al uso a que se destinaba, los únicos huecos de alguna amplitud son los patios de Arrayanes y de los Leones; toda lo demás son piezas pequeñísimas o estancias abiertas que dan a los patios, forma de habitación realmente exótica y desusada entre los cristianos. El pequeño y delicioso alcázar bastaba para la mínima corte del minúsculo estado granadino, pero no podía albergar el imponente séquito del emperador de Europa. Así pues, se ordenó la construcción de un gran palacio al lado del de los reyes nazaríes. Tampoco aquí es posible saber hasta qué punto es achacable a Carlos V la desgraciada idea. Acaso el lugar, deleitoso y melancólico, agradó tanto a los egregios esposos que, en un momento de ilusión, muy propio de la época en que se hallaban, resolvieron hacer de la Alhambra una residencia habitual o por lo menos muy frecuente. Era una bella idea para ser acariciada un una romántica noche, desde los aijmeces de Ain dar Aixa, pero que a la mañana siguiente una mente clara debía haber desechado por quimérica. Granada no podía ser la residencia habitual ni siquiera de un rey de España, cuanto más de un monarca europeo al que reclamaban de continuo graves y espinosos problemas en los lejanos países del norte.

A pesar de esto la idea siguió adelante y cuajó en el conocido *Palacio de Carlos V*, que yergue su orgullosa mole junto a la Alhambra. Posiblemente hay que atribuir a Luis Hurtado de Mendoza, marqués de Mondéjar y a la sazón capitán general de Granada el que la construcción del palacio fuese una rápida realidad; habiendo encomendado los planos al pintor Pedro Machuca.

Para construir el palacio hubo que derribar las caballerizas del Alcázar y una parte de éste. Aun sin haberlos tocado, la simple yuxtaposición de un edificio renacentista a los salones nazaríes era un puro crimen artístico que sólo podía germinar en una mente falta de toda idea de armonía plástica. Pero los tiempos no estaban para aquilatar matices de belleza y por otra parte, todo lo árabe, incluso las maravillas artísticas eran miradas entonces por la mayoría con el menosprecio que inspira el pueblo vencido y todas sus cosas. Un monarca plenamente español acaso no hubiera osado humillar al bello alcázar arábigo levantando junto a él, casi mejor diríamos sobre él, un palacio romano, los reyes de Castilla, habían mirado casi todos con cariño la arquitectura islámica y salvo las mezquitas destruídas o adaptadas al culto cristiano por motivos religiosos, se conservaron los edificios musulmanes que el furor inmediato a la Reconquista había respetado. Pero Carlos, aún en proceso de españolización, no pensó así y dispuso o autorizó la construcción de la pétreo mole: símbolo de la soberbia de un vencedor. Fueron, para mayor escarnio, los bienes confiscados a los moriscos los que financiaron la obra y moriscos precisamente la mayor parte de los obreros que en ella trabajaron.

Por una de las paradojas tan frecuentes en España o por mejor decir exclusivas de España, el palacio levantado con desprecio a las más elementales normas artísti-

cas, resultó en sí mismo un milagro artístico. Pedro Machuca, que ni siquiera era arquitecto y debió el encargo al hecho esporádico de ser intendente del marqués de Mondéjar, resultó un genio de la arquitectura y dió vida a un edificio sin parigual en el mundo, superior a los del Renacimiento italiano y cuya inspiración ha de ser buscada en las más puras fuente del arte de la roma imperial. Sobre todo, el patio circular, de una concepción verdaderamente cesárea, deja asombrado y perplejo al docto visitante. La «fábrica admirable» de Machuca sólo halla comparación con algunas construcciones italianas — el palacio Farnesio, la villa romana de Julio II —, que, además le son posteriores y desde luego inferiores.

Pero todas estas excelencias no enmiendan el acto de barbarie cometido. El Palacio de Carlos V pudo haberse levantado en cualquier lugar de la anchurosa superficie de España — no podrá discutirse que sobraba sitio — y hubiera dado gloria imperecedera al César y a su reinado. Pegado al viejo alcázar de los nazaries, es un símbolo de arbitrariedad y orgullo. La posteridad además ha demostrado lo equivocado de la idea; jamás ha servido para nada útil y precisamente por su emplazamiento es mucho menos admirado de lo que realmente merece. Como era de esperar, ni el emperador, ni su egregia esposa volvieron por allí, ni siquiera lo supieron en trance de acabarse, como tampoco muchas generaciones posteriores; ha habido que concluir su fábrica en nuestros días, por temor a que acabara entrando en ruinas.

Rey, cortesano o arquitecto, a quienquiera que alcance la responsabilidad por el acto a que venimos refiriéndonos, merece una dura repulsa, que por cierto pocas veces tiene, sugestionados autores y críticos por la grandeza del monarca y la prestancia del palacio: la repulsa que granjearía quien hoy, por ejemplo, derribase una parte del barrio gótico de Cáceres para levantar en medio de él un moderno rascacielos.

IV

Una de las primeras y más importantes etapas de la hispanización del emperador, está en su matrimonio con la dulce y grave Isabel de Portugal. Esta bellísima princesa cuyo rostro conoce todo visitante del Museo del Prado por el célebre cuadro que se encuentra a la entrada de la Sala del Tiziano, se adentró en el corazón de Carlos de tal modo que, cuando la Parca dejó a éste prematuramente viudo, no quiso volver a casarse y guardó a su memoria castidad casi absoluta, contra lo que era usual en todos los reyes y grandes de su época. No menos merecía la emperatriz cuyas cualidades esclarecidas la asemejaban a su abuela, la Reina Católica, ya que gobernó como regente la nación española durante varios años con la prudencia y tino de aquélla.

Como es sabido, durante toda la baja Edad Media, los matrimonios entre miembros de las familias reales de los distintos estados peninsulares, eran cosa, no sólo frecuente: sino continua y obligada. Puede decirse que las dinastías de Castilla, Aragón, Portugal y Navarra, sobre todo las de los tres primeramente citados reinos, eran una sola y vasta familia y quien conozca las genealogías de la época, puede comprobarlo de una sola ojeada sinóptica. Por ejemplo, entre los dieciséis tatarabue-



Retrato de D. Carlos, Infante

los de Isabel la Católica, están los tres reyes Pedros y Cruels del siglo XIV hispánico: Pedro I de Castilla, su homónimo y homólogo de Portugal y Pedro IV el Ceremonioso de Aragón y Cataluña. El árbol de Fernando el Católico es parecido en un todo al de Isabel, pues no en balde eran primos hermanos, como la mayor parte de los cónyuges reales de la época.

Las princesas que a Castilla llegaban del oeste eran mujeres esclarecidas, de leyenda. A las Constanzas, Marías y Leonores que exportaba Castilla, Portugal corresponde con esta delicada floración de exquisitas Isabeles: Nuestra reina Católica, estrella y lumínar de todas las reinas de la tierra, era, como se sabe, parcialmente portuguesa, por su madre, otra Isabel, nieta de Juan de Avis. La emperatriz Isabel era hija de María de Aragón y del rey portugués don Manuel.

Carlos I, como vemos, no hace sino seguir la tradición de los reyes castellanos, que buscan mujer principalmente entre las familias de los otros reinos peninsulares, con la mira sin duda de abocar por enlaces dinásticos a una unión general de todos los estados medievales en una gran España, como así terminó por ocurrir, aunque la idea, andando los tiempos, parcialmente se malograra. Es pues de notar la doble españolización de Carlos en lo que se refiere a este matrimonio, una previa y otra póstuma. La primera porque el joven monarca, al escuchar los consejos de los nobles castellanos que defendían la candidatura de Isabel frente a otros matrimonios que le proponían sus cortesanos extranjeros y que significaban enlaces con las familias reales de Francia, Inglaterra, etc., y elegir una alianza peninsular, actúa plenamente como un rey de Castilla y Aragón, es decir, como un soberano español y ya no como un duque flamenco o un emperador alemán.

El segundo factor de hispanización lo constituye el amor a la propia Emperatriz, al que Carlos permanece fiel toda la vida, como una perpetuación legendaria de los felices días de su luna de miel con la bellísima Isabel en los palacios maravillosos de Sevilla y de Granada. Su esposa es, además, colaboradora y suplente en los quehaceres del gobierno. Muerta se convierte en un ideal para el emperador, que lleva siempre consigo un cuadro con su efigie. En Yuste, Carlos ordenará las exequias de Isabel al mismo tiempo que las suyas, anticipándose al mortuorio tálamo de El Escorial.

V

La camaradería de las armas es una de las cosas que más profundamente llegan al corazón del varón. Carlos, el joven nacido y criado en una ciudad flamenca está llamado por su destino a mandar soldados españoles, arrogantes e invencibles iberos, pasmo de tres edades. No es extraño que a lo largo de sus campañas se sienta asombrado primero, enamorado más tarde y al final locamente orgulloso de esa mitad de sangre hispánica que circula por sus venas y que desconocía en su juventud.

Carlos V era, como todo el mundo sabe, un guerrero temperamental. Uno de los últimos reyes guerreros. No sólo actuaba como general, dirigiendo la campaña al mando directo de sus tropas, que esto ya lo hiciera su abuelo Fernando V y muchos monarcas de entonces y aun después, sino que combatía arma al brazo como un capitán más. En este aspecto salió a su bisabuelo el *Te merario* y a sus más lejanos

ancestros los Alfonsos y Fernandos de Castilla; Le imaginamos enarbolando su lanza en la gloriosa jornada de Túnez lo mismo que en la desgraciada batalla de Argel. Y todos le podemos ver cubierto de hierro y arrogante sobre su hermoso caballo en Mühlberg, armadura y caballo que no son una oficiosa invención del Tiziano,

Como guerrero, pues, valeroso y audaz, no podía dejar de admirar la fidelidad, la increíble valentía, el duro esfuerzo y las famosas proezas de los soldados españoles, no sólo sus subordinados, sino también sus compañeros de fatiga y victoria. En el siempre mixto ejército del emperador, las tropas son principalmente españolas, italianas y alemanas, aparte de otros muchos heterogéneos y menos concretos orígenes. La palma del empuje, del vigor y de la valentía de estas tropas, no hace falta decir que se la llevan los hispanos, siempre los primeros en el ataque, los últimos en la retirada y los muertos antes de rendirse; la tropa escogida que se reserva para las más difíciles empresas; el único, desesperado y siempre eficaz recurso de los momentos más ingratos.

Como una constelación de rutilantes astros de la guerra, acompañan al emperador en sus campañas o las llevan a cabo en nombre suyo los más esclarecidos capitanes de la época. No todos ellos son españoles, es cierto, pues la muchedumbre de estados vasallos permitía elegir caudillos de todas las nacionalidades. Muchos de ellos son italianos de los mejores linajes: Ascanio y Próspero Colonna, Fernando Gonzaga y el insigne navegante Andrea Doria; también italianos, pero de origen y apellido español son los napolitanos Marqués de Pescara, el vencedor de Pavía y el Marqués del Vasto, Alfonso de Avalos. Algunos son franceses o valones como el duque de Borbón y el príncipe de Orange, Filiberto de Chalons. Pero la mayor parte de los jefes de estos ejércitos han visto la luz en España, el núcleo del Imperio; entre ellos están los inclitos restos de la invencible cohorte del Gran Capitán; otros, más jóvenes pero salidos igualmente del inagotable vivero de la Iberia heroica: Hugo de Moncada, Fadrique de Toledo, Diego García de Paredes, el férreo Antonio de Leyva, Fernando de Alarcón, custodio de reyes y papas, el conde de Benavente, el duque de Alba. De todas maneras, los ojos y el corazón del guerrero Carlos se irían aun más que a la prudencia y fidelidad de estos grandes generales, al fabuloso esfuerzo y temeridad de los capitanes que luchaban espada en mano: Juan de Urbina, Juan de Benavides, Francisco Sarmiento, el fabuloso defensor de Castelnovo, Bernardino de Mendoza y el propio Diego García de Paredes, el veterano sansón extremeño a quien el emperador invitó expresa y particularmente a asistir a la ceremonia de su coronación. En este último hecho hemos de ver precisamente un símbolo de la admiración del César por la legendaria valentía hispánica, y de su grande y justo orgullo por mandar aquella pléyade de paladines de la Historia. Carlos I, a las alturas de 1547, veterano de las guerras de Africa, de Italia, de Alemania, se había dado ya perfecta cuenta de lo que representaba y a lo que obligaba ese cincuenta por ciento de sangre española que corría por sus venas.

Carlos el Emperador no es solamente el soberano de Alemania, el jefe del Santo Romano Imperio. Su corona es mucho más pesada que la de Otón y el águila de su escudo tiene por esta vez real y verdaderamente dos cabezas, porque vuela sobre dos mundos.

El pensamiento imperial de Carlos V, como ha explicado Menéndez Pidal, no es la monarquía universal que querían sus consejeros italianos y flamencos, sino la resurrección del gran imperio cristiano de Teodosio, como le aconsejaban sus colaboradores españoles. De Teodosio a Carlos V, esta idea de *Univérsitas Christiana* sólo la ha intentado y realizado parcialmente Carlomagno. El imperio universal tiene únicamente tres soberanos: Teodosio, Carlos el Magno y Carlos el Católico. El hispanorromano fracasó en su intento porque este no estaba en fase con el momento histórico, repleto ya con la vigorosa realidad del mundo germano. El franco fracasa también por motivo inverso: la luz de la civilización no ha podido del todo abrirse paso a través de la oscura mentalidad del rey bárbaro. Hemos de llegar a Carlos V, Carlos II del imperio universal, a la vez hispano y germano, para alcanzar la máxima meta asequible en esta carrera ideal. Carlos crea y forja un imperio. Pero su núcleo no es la brumosa Germania del hijo de Pipino, sino la clara Hispania de Teodosio y su espíritu tampoco está en la Roma imperial, sino en la Roma eterna, la Roma ecuménica, cristiana.

Cuando Carlos V abdica, deja a su hermano Fernando únicamente el nombre y la vestidura imperial. El verdadero imperio lo hereda su hijo Felipe. Felipe II es, pues, igualmente el segundo emperador de Europa y su influencia rectora llena toda la segunda mitad del siglo XVI. Aparte de su áureo trono español, es el dueño de Italia, ha sido rey de Inglaterra y está a punto de serlo de Francia. Si el Imperio sigue yendo a menos y está cada vez más lejos de la meta ideal es porque Felipe es un fiel continuador de la política de su padre, política española y quijotesca y por tanto de seguro fracaso. Carlos y Felipe sacrifican su propio imperio, la sangre y la riqueza de España en aras del Imperio Universal y Católico que Europa no acepta. Mientras Carlos planea una república mundial, príncipes, cardenales y reyes europeos, incapaces de ensanchar sus mentalidades al mismo ritmo, creen que sólo busca engrandecimiento de su estirpe, el imperialismo material tal como se entiende hoy. No le entienden ni le conciben distinto a ellos mismos. Francia, por ejemplo, cada vez que en un platillo de la balanza se ha puesto su propio interés y grandeza y en el otro el triunfo de la Religión, no ha vacilado en elegir el primer camino. Francisco I y Enrique II son los constantes aliados del Turco. Barbaroja y Dragut, los piratas infieles se permiten el lujo de repostar en Provenza como en territorio amigo. Más tarde, en la Guerra de los Treinta años, el triunfo protestante se afirma porque Richelieu, cardenal de la Iglesia Romana, pero muy por encima de esto gran ministro francés, lo apoya con todas sus fuerzas, en tanto que los débiles Felipes hispánicos del siglo XVII sacrifican hasta el último de nuestros exangües tercios en la quijotesca empresa de defender el catolicismo alemán. Estos Felipes y Carlos sin iniciativa no hacen más que pensar con la cabeza de sus abuelos Carlos y Felipe, seguir la dirección que les marca el dedo de piedra de sus ilustres antecesores. España se acaba, harta de gloria pero vacía de bolsa y de estómago. Ha cambiado su sangre y su patrimonio por una grandeza moral que no le sirve para nada porque la resentida Europa no se la reconoce y más aún, se la disputa y se la niega. Esta es la cosecha de los errores de los Austrias, sublimes por un lado, lamentables por otro.

Conviene huir de la tendencia tópica a convertir, por el hecho de hallarnos en

la conmemoración del centenario de la muerte de un personaje, toda evocación de sus hechos en una interminable letanía de ditirambos. Ciertamente puede decirse que no es ésta la hora de hacer resaltar los defectos y equivocaciones de Carlos I, pero si no hemos de destacarlos especialmente, tampoco podemos callarlos porque el hacerlo sería retratar a un personaje que no existió en realidad. En el caso particular del presente trabajo no se pueden eludir los errores, al menos los de naturaleza política, del emperador, porque muchos de ellos son errores típicos de la mentalidad española, yerros de los que nuestra historia está completamente llena.

La mayor parte de estos yerros tienen un reverso moral elogiabile, son incluso yerros gloriosos, pero que en lo práctico y en lo político conducen a la larga al desastre. Podemos citar entre estos defectos virtuosos o si se quiere virtudes defectuosas, la excesiva generosidad, la ingenua hidalguía para con los enemigos que a veces raya en la candidez. Carlos I es un rayo de la guerra, un continuo vencedor de batallas que gana gracias a su propio talento militar, a las aptitudes excepcionales de sus generales o al empuje arrollador de los tercios hispánicos. Sin embargo saca poco o ningún provecho de tantas victorias. El Papa, los príncipes italianos o alemanes, los franceses saben que pueden hacer impunemente la guerra al Emperador, porque éste, después de derrotarlos, les devuelve con exquisita caballerosidad lo que merecían haber perdido. Hermosa, regia conducta, si los rebeldes la agradecieran. Magnanimidad bella para ejercerla una vez, pero no dos y tres y ciento; comprobada en la mayor parte de los casos la mala fe de sus antagonistas.

Carlos vence a Francia en cuatro guerras consecutivas y a la hora de hacer las paces apenas saca provecho de ello dejándose escapar de entre las manos el fruto de tantos afanes. El rey Francisco es puesto en libertad a cambio de una palabra de honor que violará en cuanto cruce la frontera; Francia sale de las derrotas incólume y en disposición de seguir obstaculizando los planes del cesar hispánico,

Esta conducta que a veces nos deslumbra por su hermosura y otras nos deslumbra por su inconsecuencia, no puede achacarse a falta de talento del caudillo que la sigue. Carlos I es generoso una y otra vez con las intrigas y las traiciones porque ante todo y sobre todo es un rey cristiano y le repugna castigar, humillar o hundir a otro príncipe cristiano. Su ideal incomprendido por sus enemigos es la gran monarquía universal católica y el triunfo definitivo sobre los infieles, sobre el orgulloso turco que, al sojuzgar Constantinopla, la vieja torre del saber y de la gracia de Occidente, ha inferido mortal afrenta a la cristiandad, a quien además está amenazando de continuo con una destrucción total. El hombre de hoy está muy capacitado para comprender la situación del mundo en el siglo XVI. Ahora como entonces, el Oriente amorfo, gregario, impersonal y temible tiene en sus garras la mitad de Europa y amenaza con devorar la otra mitad. Ahora como entonces, hay pueblos que se aprestan a la defensa y otros que la obstruyen solapadamente, faltos de grandeza y de comprensión del momento histórico que vivimos.

Digamos ya de una vez que Carlos I en su idealismo y en sus sublimes equivocaciones es ya un gran español, un auténtico español. La sangre ibérica despierta en él con todo impetu y no sólo barre el barniz de su educación primaria sino que se sobrepone al otro cincuenta por ciento de estirpe germánica.



Busto del Emperador Carlos, en Laredo, por E. Pérez Comendador

VII

Los comentaristas más hostiles a la persona y a la obra de Carlos V, se ven obligados a confesar la grandeza y la emotividad del acto de Bruselas. Nunca perdió el emperador su prestancia y dignidad, pero la ceremonia de su abdicación fué verdaderamente cesárea, con un cesarismo sin embargo cristiano, aleccionador, lleno de resonancias de la mejor filosofía, dramático y místico como un auto sacramental.

La vida en el siglo XVI, sobre todo la vida de un monarca, requería y obligaba a excesos de toda índole que arruinaban pronto la naturaleza más robusta y templada. Excesos, no todos vituperables, sin duda. Un rey había de trabajar exageradamente, a menos de abandonar su oficio en manos de validos, perdiendo ante la Historia la categoría real. Un emperador, dueño de vastos estados situados a inmensas distancias entre sí, sobrellevaba una carga desaforada.

Había que viajar continuamente y Carlos V, por cierto, no se perdonó jamás esta molestia; fué un monarca viajero que practicó la máxima de Adriano de que el rey debe, como el sol, recorrer incesantemente sus dominios. La relación de sus viajes, descrita por él mismo en su documento de abdicación, la encontrará el lector en alguno de los muchos libros y artículos que sobre el tema se han estampado este año. Los viajes, en las mejores condiciones posibles a la sazón, eran con todo extraordinariamente penosos. Un príncipe viajaba en el siglo XVI en peores condiciones que hoy un aldeano.

Las enfermedades eran muchas y las prácticas higiénicas apenas se conocían. La medicina se hallaba en estado de lamentable atraso y cualquiera puede comprobarlo al observar la mortandad desmesurada que aquejaba a las familias reales — que hay que suponer estaban mejor atendidas médicamente que ningunas otras —; las tres cuartas partes de los infantes morían antes de alcanzar la adolescencia. La mitad de las reinas acababan su existencia en uno u otro parto. Finalmente a los reyes y grandes señores todo les empujaba por la pendiente de los excesos corporales: Su educación, las costumbres de la época, la demasiada indulgencia de los círculos cortesanos, etc., etc.

Nada es, pues, de extrañar, que todos estos factores sumados hubier anacabados a los 56 años de edad con las fuerzas físicas y aún las psíquicas del Emperador Carlos. Las primeras nunca le fueran abundantes y puede afirmarse que sólo las segundas y particularmente su férrea voluntad le sostuvieron en los numerosos achaques y enfermedades a lo largo de su vida.

Pero, aparte de este agotamiento innegable, producido por una de las existencias más intensas que la Historia conoce, Carlos V está ya en la época a que aludimos ciertamente cansado de una lucha continua, fiera y poco eficaz a los efectos de conseguir la realización del ideal que siempre persiguió. El nieto de los Reyes Católicos entreveía ya en 1556 las penumbras del fracaso. No había sido vencido, ni mucho menos; continuaba siendo el César de Europa y el adalid del catolicismo, pero los resultados de su duro e incesante batallar no eran ni con mucho los ambicionados en sus grandiosas concepciones. Francia, estorbo máximo en su camino, continuaba siéndolo en el mismo grado de siempre; no estaba pujante, pero sí in-

tacta en su enorme potencial, lista para entorpecer y destruir cualquier iniciativa que llevase nombre español o alemán.

Inglaterra, la gran aliada del emperador había sufrido todas las turbulencias del cambio de religión y el trono de María no presentaba la estabilidad deseable. Alemania, desarticulada por las diferencias de religión era un mosaico confuso y deslavado. El Protestantismo estaba, como un monstruo anhelante, frente a Carlos en todas sus actividades; no sólo había fallado el intento de aplastarlo en Alemania sino que Francia e Inglaterra estaban por él inficionadas e Italia bajo su amenaza.

Los turcos, el máximo azote y amenaza de la Cristiandad distaban de estar no ya vencidos, pero ni siquiera contenidos. No se había logrado una victoria terminante sobre ellos y el Mediterráneo continuaba siendo, en su mayor parte, un feudo musulmán. En cuanto a Italia, tampoco constituía para el emperador un apoyo estable ni fiel, antes al contrario, el papado y los estados italianos no perdían oportunidad de buscar querrela al Imperio en cuanto esto era posible. La ingratitud de la mayoría de los papas y príncipes italianos — aparte de Génova bajo la férrea mano de los Doria — hacia el ideal de Carlos V, es difícilmente comprensible y francamente inaudita. Le hubiera bastado al emperador retirarse a España con sus fuerzas e Italia entera hubiera sido fácil pasto de los turcos, cumpliéndose la promesa de Mahomet II de abreviar sus caballos en las iglesias de Roma.

De todos, pues, los problemas de Carlos V sólo uno estaba francamente resuelto, sólo uno le tenía despreocupado: España. El imperio español estaba intacto, en creciente poderío y en toda su espléndida majeza, engrandecido no sólo por las posesiones obtenidas en Europa por el estado aragonés, de cuya política internacional es heredera la España de los Reyes Católicos, sino por las fantásticas conquistas de las Indias. El *Mundo Nuevo* se iba abriendo en gigantesco abanico ante los caballos de los conquistadores y al mismo paso se iban extendiendo los límites de la Cristiandad. No todo, pues, en la mente del viejo emperador era amargura. Podía dar, en el momento de su abdicación una satisfacción tardía, pero nada despreciable a su hermano Fernando (de trayectoria curiosamente opuesta a la suya: nacido y criado en España y llamado a mandar en Alemania) cediéndole la púrpura imperial. Pero sobre todo tenía la tranquilidad de dejar el auténtico Imperio, la corona de España, en las excelentes manos de su hijo Felipe cuyas dotes conocía y estimaba el padre sobremana; un postremo descanso que no tuvo al morir el propio Felipe, a quien Dios negara el gozo de un hijo capaz.

Nada, pues, ha de extrañarnos que Carlos I volviera los ojos a España, o con mejor metáfora, no apartara ya sus ojos de España, el más poderoso y el más fiel de sus estados, cuando pensó en esa jubilación voluntaria de sus inconmensurables trabajos. España es ya de una vez para siempre la patria definitiva del Emperador. Su propia casa, su familia, sus hijos son españoles absolutamente, como lo demuestran por ejemplo doña María y doña Juana que, viudas de sus respectivos maridos Maximiliano II y el príncipe Juan de Portugal, vienen como su padre a pasar en la patria los últimos días.

Su lengua es la de Castilla y de ella se hace adalid ante la corte papal de Paulo III, pronunciando las conocidas palabras dirigidas al obispo de Macón y que son la

contrapartida de las que en su juventud hubo de recibir de las Cortes de Valladolid, recomendándole que aprendiera el español. Sus servidores, consejeros y amigos en fin, son ya en su inmensa mayoría peninsulares.

En Bruselas la Majestad imperial y cesárea se despoja de todos sus símbolos y grandezas. Pesada corona de Carlomagno, águila bicéfala del Santo Imperio, cetro y espada, yugo y flechas de la gran España, armiño y púrpura de mil territorios desperdigados por Europa, de todo se desprende. Carlos de Habsburgo y Aragón ya no es más que un viejo hidalgo español ganoso de aprovechar sus últimos días en prepararse para el último y más importante negocio de la vida: la marcha hacia el Cielo eternal.

Con su cortejo de familiares fieles, el cansado hidalgo se dirige al rincón de Extremadura que ha elegido como tranquilo refugio a su atormentado espíritu. Un viaje triste, que se parece al de don Quijote hacia su aldea natal en que le espera la muerte. Al antiguo César le falta tiempo y tierra para dirigirse a su destino. Camina a campo través desde Tornavacas hasta el cenobio jerónimo que le aguarda y al divisarlo desde las alturas veratas, sin duda suspira como el salmista:

Stantes erant pedes nostri in atriis tuis Jerusalem

Hemos llegado a Yuste... A partir de aquí al lector le sobran páginas donde contemplar los últimos días de Carlos I. Acabemos, pues, aquí, las nuestras.